Mariano Vallejo

Soy

mi

tío

SOY MI TIO,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, ESCRITO EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON MARIANO VALLEJO.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

17

PERSONAJES.

ELENA.	MIGUEL.
DOÑA TECLA.	ROQUE.

La accion pasa en Madrid.

ACTO ÚNICO.

Gabinete con puerta al foro y laterales.—Al levantarse el telon, Elena aparece bordando; Miguel entra por el foro.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, MIGUEL.

MIGUEL. Elena mia!

ELENA. (Dejando el bordado.) Ay! Miguel de mi alma, y qué á tiempo llegas.

MIGUEL. Pues qué sucede?

ELENA. Si tú supieras!...

MIGUEL. Te encuentro pálida... demudada...

ELENA. No es el caso para ménos.

MIGUEL. Habla, por Dios.

ELENA. Mamá no quiere que me case contigo.

MIGUEL. Seguro estaba yo de que esa bnena señora nos daria algun disgusto.

ELENA. Y qué grande! Llorando estoy desde esta mañana como una Magdalena! Por supuesto, no vayas á creer que culpo sólo á mi madre!

MIGUEL. Á quién entónces?

ELENA. Á tí, que deseoso de obtener mi mano á todo trance le

has hablado repetidas veces de un tio acaudalado y soltero.

MIGUEL. Que vivia en América.

ELENA. Precisamente.

MIGUEL. No veo en esto ningun mal.

ELENA. Pues yo sí, porque mamá acaba de recibir carta de un consejero, primo suyo, en que le dice que ni has tenido nunca parientes en América, ni has empleado tal ardid más que para explotar su buena fe.

MIGUEL. Eso no es verdad. Mi madre, que gloria haya, tuvo un bendito hermano, muy despilfarrado y muy calavera, que se marchó huyendo de sus acreedores, y que se refugió en el reino de Méjico.

ELENA. Cuánto tiempo hace?

MIGUEL. Treinta y dos años.

ELENA. Y en treinta y dos años no has sabido?...

MIGUEL. Ni una palabra. Es decir...

ELENA. Qué?

MIGUEL. Un mejicano, á quien dí sus señas, me dijo que habia muerto en Tierras Calientes un tal Ontaneda, que debia ser mi tio.

ELENA. Sin acordarse de tí?

MIGUEL. Los que se mueren no se acuerdan de nadie.

ELENA. De modo que no queda la más remota esperanza?

MIGUEL. Ni la más remota.

ELENA. ¡Y todo por tu tio!

MIGUEL. Quién pudiera fabricar uno, aunque fuera de gutta-percha.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA TECLA.

TECLA. Celebro encontrar á usted en mi casa.

ELENA. Mamá... (Con aire suplicante.)

MIGUEL. Doña Tecla!...

TECLA. Lea usted esta carta .. (Ofreciéndole la que trae en la mano.)

MIGUEL. Un consejero sin corazon me desacredita, ya lo sé.

TECLA. Usted no tiene tio, caballero.

MIGUEL. Dispense usted...

TECLA. Y como en estos tiempos el que no tiene tio no consigue nada, le niego á usted rotundamente la mano de mi hija.

MIGUEL. Pero, señora, una determinacion de esta clase es incalificable.

TECLA. Es usted muy dueño de apreciar mis actos como quiera, pero el porvenir de Elena exige que la establezca con un primo suyo que llega hoy de Mora.

MIGUEL. Será un jabonero.

ELENA. Yo aborrezco á los manchegos.

MIGUEL. Ya lo oye usted, aborrecemos á los manchegos.... y nos sublevamos en nombre de la independencia individual.

ELENA. Y de los derechos de la mujer.

TECLA. Pues yo, que no entiendo una palabra de todo eso, le planto á usted de patitas en la calle.

MIGUEL. Primero me moriré de dolor sobre esta silla.

ELENA. No le conmueve á usted?...

TECLA. Acabemos, señor don Miguel. Ó sale usted de mi casa, ó llamo en mi auxilio á la fuerza municipal.

MIGUEL. Me rindo á tanta finura. Sus bondadosas palabras de usted me han conmovido. Oh! Simpática doña Tecla, adios, adios para siempre. Esta tarde entre dos luces...

TECLA.
ELENA. } Qué?

MIGUEL. La *Correspondencia de España* se encargará de decir á ustedes lo que sucederá entre dos luces. (Busquemos un medio de engañar á doña Tecla.)

ESCENA III.

DOÑA TECLA, ELENA.

ELENA. Se va á suicidar, mamá. Es un mártir.

TECLA. Es un petardista.

ELENA. Qué puedes pedirle?

TECLA. Cuatro cuartos para mandar rezar un ciego y de fijo que no los tiene.

ELENA. En cambio le rebosa la gracia.

TECLA. Con gracia no se cuece el puchero.

ELENA. Siempre tienes esas salidas.

TECLA. Entradas preferiria yo.

ELENA. Yo no pienso nunca en comer.

TECLA. Señal que no te duele el estómago tanto como á mí.

ELENA. Felicidad nos hacia falta.

TECLA. Ilusiones, hija mia. Lo que nos hacia falta era una despensa bien provista, tan provista como estaba la nuestra en tiempos de tu difunto padre. Aquel santo varon no tuvo más defecto que comérselo todo ántes de morir. Sucumbió pesando diez y seis arrobas y cinco libras en Calahorra.

ELENA. Así quedamos nosotras!

TECLA. Pues por lo mismo es necesario que te cases con tu primo Roque.

ELENA. Un palurdo.

TECLA. Que tiene excelentes fincas en Mora.

ELENA. Pero que me matará á disgustos.

TECLA. No lo creas, hija mia; con una suegra como yo, no hay marido que saque los piés del cesto. Estoy hecha á prueba de yernos.

ESCENA IV.

DICHAS, ROQUE.

ROQUE. Dan ustedes su permiso?

TECLA. Sobrino de mi corazon!

ROQUE. Primita... tia...

TECLA. Bien dicen que en hablando del ruin de Roma... figúrate que Elena y yo te estábamos nombrando en este mismo momento. Porque nos acordamos muchísimo de tí.—¿No es cierto, niña, que nos acordamos muchísimo de Roque? Y qué nos cuentas de tu pueblo?

ROQUE. Que aquello está perdido desde que el gobierno nos ha quitado los pastos.

ELENA. (No es posible hallar un majadero igual.)

ROQUE. Las bestias del lugar están tristonas, tristonas... Y tú tambien estás tristona, prima.

TECLA. El calor.

ROQUE. Pues yo tan robusto, y mi padre tan robusto, y el ganado tan... ese está flacucho, flacucho; porque como estamos sin yerbas... Y tú tambien estás flaca, primita.

ELENA. Pero no por falta de yerbas, primo.

ROQUE. Ya sé que aquí la comen ustedes en la sopa toos los dias. Pues mi padre me dijo:—Está muy bueno mi padre; mire usted, trece cuartillos de leche de ovejas se bebió de un sorbo el dia de la Purísima Concepcion.—Pues me dijo: qué te haces por ahí, zángano; échate las piernas al hombro y vete á ver los Madriles y á gastarte media docena de onzas, *que lo cual* aquí traigo un gato con más de trescientos reales en cuartos para tomar agua y azucarillos. (Saca un bolsillo enorme.)

ELENA. Tal cual!

ROQUE. Dígame usted, tia, hay ahora monos en Madrid?

TECLA. No faltan nunca.

ROQUE. En Mora ha rabiado uno. Por cierto que mordió al sacristan; y el cura se murió de miedo. Pero era muy divertido, muy divertido!

TECLA. El cura?

ROQUE. No señora; el mono, sin agraviar á nadie. Llevaba una chaqueta colorada y disparaba pistoletazos.

TECLA. Sí, ya supongo... Y vamos, qué te parece tu primita?

ROQUE. Algo flaquilla... Usted tambien está flaquilla... lo mismo que el ganao de la Mancha.—Se conoce que el año ha sido malo por todas partes.—Ha almorzado usted ya?

TECLA. Sí, pero te mandaré sacar una taza de caldo.

ROQUE. Pues ni que estuviera enfermo. Por allá acostumbramos á echar á perder media docena de magras cuando

llega un forastero.

ELENA. (Eleogábalo!)

TECLA. Pues por eso no te apures. Niña, di á la criada que disponga cualquiera cosa para tu primo.

ROQUE. Cualquier cosa no, magras.

ELENA. (Ántes de casarme con un rústico semejante, seria capaz de envenenarme con fósforos de Tolosa.)

ESCENA V.

DOÑA TECLA, ROQUE.

TECLA. Eh! mira eso.

ROQUE. Qué he de mirar?

TECLA. Á tu prima. Me parece que tiene un bonito talle.

ROQUE. Á mí me gustan las mujeres muy robustas.

TECLA. Ya! y te casarás el mejor dia con una lugareña zafia y desgarbada.

ROQUE. En siendo robusta... jí... jí... jí...

TECLA. Bribonzuelo.

ROQUE. Eso sí, me llaman el don Juan Tenorio manchego.

TECLA. Cuánto más te convendria una esposa como Elena.

ROQUE. Como Elena!

TECLA. Elegante, fina, cariñosa...

ROQUE. Conque mi prima es cariñosa, eh? (*Acercando más su silla.*)

TECLA. Lo mismo que yo. Como un niño mimado vivirias á nuestro lado.

ROQUE. Jé... jé... pues á mí me gusta mucho que me mimen las mujeres.

TECLA. Y una buena suegra vale un potosí.

ROQUE. Al principio dicen que dan natillas... pero luégo sacan los ojos.

TECLA. Natillitas y cuantas golosinas te gusten inventaré para complacerte.

ROQUE. Pues... sabe usted que me da usted en qué pensar?

TECLA. Lenguas se haria todo el pueblo al verte llegar con una esposa como mi Elena.

ROQUE. Entraria con ella de bracete.

TECLA. Y conmigo.

ROQUE Así, como un botijo de dos asas.

TECLA. Pero no has de descuidarte, porque hay moros en campaña.

ROQUE. Qué dice usté! ¿han vuelto los moros?

TECLA. Me refiero á un jóven riquísimo que pretende á tu prima.

ROQUE. Otro mono.

TECLA. Algo hay de eso.

ROQUE. Pues que no se ande en bromas conmigo, porque á político no me gana nadie, pero á salvaje tampoco.

TECLA. (Se oye la campanilla repetidas veces.) Jesus! qué manera de llamar, permíteme que vea quién es.

ESCENA VI.

ROQUE, despues DOÑA TECLA y ELENA.

ROQUE. Que mi tia tiene razon, vamos. Así como así mi padre me está diciendo siempre que no hago na de provecho.—Que no tengo importancia. Pus ya verá si tengo importancia cuando me case y le llene la casa de familia.

ELENA. (Entra con una criada que trae platos, cubiertos, etc.) Puedes colocar todo eso sobre ese velador. (La criada pone lo que trae sobre el velador.)

TECLA. Pues me gusta! un caballero vestido de negro que pregunta por don Miguel, como si tuviéramos obligacion de saber en dónde se encuentra.

ELENA. Y no te ha dicho?...

TECLA. Ni una palabra. De sobra he comprendido que es un inglés. (Acercándose á Roque.) (En qué piensas, sobrinito?)

ROQUE. En que tengo el estómago como cañon de órgano.

TECLA. Pues siéntate, hombre. (En este momento entra Miguel fingiendo la emocion más violenta;—trae el sombrero echado atrás y deshecho el nudo de la corbata.)

ESCENA VII.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. Tecla, doña Tecla... Elena...

TECLA. Qué sucede?

MIGUEL. Elena de mi vida. (*Abraza á Doña Tecla.*) Tecla de mi alma. (*Abraza á Roque que le rechaza.*)

ROQUE. Pus no me llama Tecla!

MIGUEL. Aquel hermano de mi madre que se marchó á Méjico hace treinta y dos años, ha vuelto... está en Madrid... me busca por todas partes... Me ahogo. (*Se deja caer al lado del velador y empieza á almorzar con avidez.*)

TECLA. Es posible!

ROQUE. Eh! que se come mi almuerzo.

MIGUEL. Ha dicho á varias personas que me busquen... acabo de saberlo... ¡Qué felicidad! Uf! mi cabeza parece una devanadera.

ELENA. Tome usted un poco de vino.

TECLA. Sí, sí, vino con azúcar.

ROQUE. (Por vida del mono goloso!)

MIGUEL. Como mi casa no es á propósito para recibir á nadie he dejado dicho que si mi tio va á buscarme le dirijan aquí.

TECLA. Muy bien hecho.

MIGUEL. Este caballero es el primito... Me alegro; pero no puedo permanecer aquí más tiempo.—La inquietud me devora.

TECLA. Si, sí, corra usted en su busca, no sea que le suceda algo por Madrid.—Ya sabe usted que le queremos á usted como un hijo, y que cuidaremos á su señor tio.

MIGUEL. Muchas gracias, muchas gracias, doña Tecla de mi alma. (*Abrazando á Roque.*) Adios, adios.

ROQUE. Y dale con doña Tecla! me encocora esta franqueza, vamos.

ESCENA VIII.

DOÑA TECLA, ELENA, ROQUE.

ELENA. Ves cómo Miguel no nos engañaba.

TECLA. Me he quedado como alelada. ¡El tio de América en Madrid!

ELENA. Póngase usted corriendo otro traje para recibirle.

TECLA. No, este es bueno, me arreglaré el cabello. Á ver tú?—Estás muy bien.—No te parece, Roque?

ROQUE. Lo que me parece es que con la alegría del tio no ha quedado ni rastro de jamon, y que usted juega á todos los palos de la baraja.

TECLA. Déjame en paz, imbécil.—Pues no tiene gravedad el suceso, que digamos.—¡Un tio de América! — Mira, (Á Elena.) me voy á poner un adornito en el pelo.

ROQUE. Sí, señora, póngase usted un manojo de peregil, que es cosa fresca.

TECLA. Por lo ménos se trae la mitad de aquellas minas argentinas.

ROQUE. Envueltas en un papel de estraza.

ELENA. Vamos, mamá!

ESCENA IX.

ROQUE, ELENA.

ROQUE. Aunque nadie me lo ha dicho, de sobra he conocido que ese jóven es tu novio, y vamos, se me han pasado unas ganas de hacerle digerir el jamon á puñetazos!...

ELENA. Por qué primo mio?

ROQUE. Porque tenia yo concebidas mis esperanzas, y aunque te encuentro algo flaca para el tiempo que tienes, la verdad...

ELENA. La verdad es que eres incapaz de sacramentos.

ROQUE. No, pues como yo le administre el de la confirmacion á tu novio, no ha de necesitar saca-muelas.

ELENA. Entiende, que tanto su suerte como la mia dependen de ese tio que acaba de llegar.

ROQUE. Y yo?...

ELENA. Y tú debes respetar tambien lo que disponga, porque á una gran fortuna reune un esclarecido talento, segun asegura todo el mundo. Así, pues, resígnate con tu suerte y no hablemos más de esto.

ESCENA X.

DICHOS, MIGUEL, vestido de blanco con anteojos verdes, sombrero de paja, barba y un gran baston.

MIGUEL. Dan ustedes su permiso?

ELENA. Caballero...

MIGUEL. Vive aquí doña Tecla Vinagre?

ELENA. Sí, señor, es mi mamá! Y yo... tengo el honor de hablar?...

MIGUEL. Á un viajero que acaba de llegar á su pais natal despues de treinta y dos años de ausencia.

ELENA. Es usted el tio de Miguel?

MIGUEL. Precisamente.—Ha dejado dicho en su casa que viniese á buscarle aquí...

ELENA. Sí, señor, sí; es muy amigo de casa.—Póngase usted el sombrero, por Dios.—Tome usted asiento.

MIGUEL. Gracias, hermosa niña. (Tosiendo.) Jum... jum... jum...

ELENA. Puede usted resfriarse... Voy á llamar á mamá.

MIGUEL. (Tosiendo.) Jum... jum... que no se moleste. (No me ha reconocido!)

ESCENA XI.

MIGUEL, ROQUE.

ROQUE. Malo está ese pecho, abuelito.

MIGUEL. (Estúpido.) Sí, jóven... los achaques... los viajes... jum... jum...

ROQUE. Pronto estira usted la pata.

MIGUEL. Es usted albéitar?

ROQUE. No he seguido carrera... soy sobrino de la casa, y

pienso casarme con esa muchacha que acaba usted de ver. (Chúpate esa.)

MIGUEL. (Inventaremos otro enredo.) Pues amigo... jum... jum... no le arriendo á usted la ganancia.

ROQUE. Por qué?

MIGUEL. Porque el padre de esa niña, á quien conocí ántes de marchar á América, murió del baile de San Vito, y es muy probable que haya heredado la misma enfermedad.

ROQUE. Qué dice usted!

MIGUEL. Que en cuanto se case empezará á bailar, y que no lo dejará hasta que se muera.

ROQUE. Cuerno!

MIGUEL. Y dígole á usted que es bonito llevar del brazo una mujer que está siempre así. (Imita el baile de San Vito.)

ROQUE. Y más en mi pueblo, que son tan burlones! Á los cuatro dias nos ponian mote.

MIGUEL. Les llamarian á ustedes, la familia Tembleque.

ROQUE. Vea usted, vea usted la tia, y qué dulcemente queria hacerme cargar con el mochuelo.

MIGUEL. Já... já... jum... jum... pobre chico!

ROQUE. Pues como se descuide, la casan con su sobrino de usted.

MIGUEL. Primero le pongo el cuerpo como un cordoban.

ROQUE. (Me gusta este tio por lo campechano que es.)

MIGUEL. Yo en su puesto de usted escribiria una carta despidiéndome, y luégo, ojos que te vieron ir.

ROQUE. Por carta no ha de quedar.

MIGUEL. Es usted?...

ROQUE. Manchego, para servir á Dios, á mi padre y á usted.

MIGUEL. Pues jóven manchego... jum... jum... cuidado con dejarse atrapar.

ROQUE. Descuide usted... Hola! una mujer que hace visajes como el mono que rabió en Mora!... Caballero, puede usted disponer de mis ganaos, de mis pastos...

MIGUEL. Dios le conserve á usted todo eso muchos años... jum... jum... jum... ¡Qué tos!

ESCENA XII.

MIGUEL, despues DOÑA TECLA y ELENA.

MIGUEL. Ya me deshice de un rival.—Tratemos ahora de acelerar la boda de mi sobrino—que soy yo—para que cuando se descubra el fraude, no pueda retroceder doña Tecla.

ELENA. El tio de don Miguelito, mamá.

TECLA. Ah! Caballero, qué deseo tan vehemente tenia de ver á usted.

MIGUEL. Agradezco en el alma...

TECLA. Tome usted asiento... en esta silla estará usted más cómodo. Cierra aquella puerta, niña, que no entre aire. ¿Y cómo ha podido usted vivir tantos años sin acordarse de ese sobrino, que es el muchacho más fino y mejor del mundo?

MIGUEL. Qué quiere usted; me marché de Europa reñido con su pobre madre, y luégo la distancia, los negocios... pero los lazos de la sangre no pueden romperse, y he corrido de nuevo á estrecharle entre mis brazos.

TECLA. Alma generosa!

MIGUEL. Me desvivo ya por decirle: mis cafetales, mis ingénios, mis negros, todo será tuyo.

TECLA. Conque tiene usted negros. (Baja los ojos, niña.)

MIGUEL. Centenares de negros, y monos y cocodrilos.—Le regalaré á usted uno que come en la mano.

TECLA. Mil gracias, preferia una cotorrita.

MIGUEL. (Qué más cotorra que tú.)

TECLA. Y, naturalmente, tendrá usted deseos de casar pronto á su sobrino?

MIGUEL. Sí señora, me corre mucha prisa... jum... jum...

ELENA. Me permite usted? (Limpiándole el cuello del chaquet con un cepillo.)

TECLA. Tiene usted deshecho el nudo de la corbata. (Haciendo el nudo.)

MIGUEL. (Si supiera que la estoy engañando, seria capaz de

ahorcarme.) Pues sí señora, me corre muchísima prisa casarme.

TECLA. ¿Usted!

MIGUEL. Es decir, casar á mi sobrino, porque le quiero mucho, lo mismo que á mí. (En esto sí que no la engaño.)

TECLA. Y tiene, usted ya pensada la persona con quien ha de unir á Miguelito? (Baja los ojos, niña.)

MIGUEL. Jum... jum... (Voy á darla un susto.)

TECLA. Preguntaba á usted?...

MIGUEL. Ya, pero esta maldita tos... jum... jum...

TECLA. (Estoy sobre ascuas.)

ELENA. (Yo tiemblo.) Quiere usted agua de flor de melisa.

MIGUEL. Gracias, hermosa niña; á los viejos ya no nos sirven de nada las aguas cocidas. Pues he formado el proyecto de casar á mi sobrino... (¡Qué caras tienen las dos!)— Con una mejicana riquísima, hija de un amigo mio.

ELENA. Con una mejicana... ay! mamá, yo muero... (Se desmaya.)

TECLA. Hija... Elena... ¡Qué ha hecho usted, caballero!— Amaba con delirio á Miguel y su resolucion de usted le va á causar la muerte.

MIGUEL. La muerte!

TECLA. Juana... agua... socorro... (Se marcha corriendo.)

ESCENA XIII.

MIGUEL, ELENA.

MIGUEL. (Arrojándose á los piés de Elena.) Elena de mi alma, vuelve en tí,—soy Miguel, tu Miguel que se ha transformado en su propio tio, para ganar tiempo y para engañar á tu madre.

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA TECLA, al paño.

TECLA. Para engañarme á mí!

MIGUEL. Pero no me oyes.—Esta barba; esta peluca, todo es postizo.—Sigo tan pobre y tan enamorado como ántes.

ELENA. Es posible. (Volviendo.)

MIGUEL. Sí, Elena, mi único objeto ha sido representar una farsa.

TECLA. (Saliendo y con aire terrible.) Una farsa!!!

ELENA. Ay!

MIGUEL. (De rodillas aún.) (Cayóse la casa á cuestas!)

TECLA. Pero si no puedo creerlo. (Le arranca la peluca.)

MIGUEL. Señora.

TECLA. Esta barba es verdadera. (Se la arranca.)

MIGUEL. No señora, tambien es de piel de camello.

TECLA. De camello!! infame!

MIGUEL. Perdone usted un ardiz de amor.

ELENA. No lo volverá á hacer.

TECLA. Arrebatarme en un momento el consuelo de mi vejez. (Llora.) Ya me sentia yo columpiada dentro de un palanquin, llevada por negros, escoltada por salvajes que me echaban aire con plumas de masabus. Este desengaño me costará la vida.

ESCENA XV.

DICHOS, la CRIADA.

CRIADA. El señorito de Mora me ha dado esta carta para usted.

TECLA. Qué será esto ahora. (Lee.) «Querida tia; por el tio de »don Miguelito...» (Declamando.) Buen tio nos dé Dios! (Leyendo.) «Por ese señor riquísimo...» (Declamando.) Por ese petardista. (Gritando.)

ELENA. Vamos, mamá.

TECLA. (Leyendo,) «Acabo de saber que queria usted casarme »con Elena, porque tiene el baile de San Vito...»

TECLA. El baile de San Vito!!

MIGUEL. Otro ardiz, señora doña Tecla...

TECLA. (Leyendo.) «Lo mismo que usted y su difunto esposo, »de modo que si me casara nos llamarian la familia de »Tembleque.» (Declamando.) De Tembleque á nosotros! De Tembleque! Esto ya no puede aguantarse y voy á demandarle á usted inmediatamente de injuria y ca-

lumnia.

MIGUEL. Que no lleva usted mantilla.

TECLA. La verdad anda desnuda por todas partes; y yo diré la verdad y se me hará justicia. Sí señor, porque le abomino á usted, le execro; solo deseo verle en las islas de Annobon ó de Fernando Póo. (Se marcha precipitadamente, en esto se oye una campanilla.)

MIGUEL. (Siguiéndola.) Doña Tecla, por Dios.

ELENA. (Id.) Mamá, detente.

TECLA. (Volviendo con una carta en la mano.) Otra vez el hombre vestido de negro que trae una carta para don Miguelito!

MIGUEL. Para mí.

TECLA. Voy á romperla.

MIGUEL. Alto ahí, la correspondencia es sagrada. (Se apodera de la carta y lee.) Ay! Dios mio! qué es lo que veo... sosténganme ustedes.

ELENA. Miguel!

MIGUEL. Agua... vinagre. Mi tio... mi tio al fin...

ELENA. Vuelve?

TECLA. Mentira, mentira.

MIGUEL. El desgraciado ha muerto en Veracruz sin hacer testamento, y como no tenia más pariente que yo, soy heredero universal de una fortuna que asciende á millon y medio de duros.

TECLA. Ay! Ay! yo tambien me pongo mala. Que me sostenga la criada.

MIGUEL. Vea usted la carta del escribano y copia del exorto del cónsul que anuncia la muerte del súbdito español don Lesmes Ontaneda, hermano de mi madre.

TECLA. (Levantando los brazos.) Gracias, Dios mio! por fin me pasearé en palanquin por entre cañaverales de azúcar.—Miguel, Miguel de mi vida, por algo te quiero yo tanto. (Le abraza con efusion.)

MIGUEL. (De buena gana la retorceria el pescuezo.)

ELENA. Cómo, mamá! Olvidas que Miguel es millonario y que yo sólo puedo ofrecerle mi cariño?

MIGUEL. Cariño que acepto como el mejor de todos los bienes, porque estoy convencido de que labrará la felicidad de toda mi vida.

TECLA. (Volviendo á abrazarle.) Si eres un ángel, retrechero mio. Te voy á cuidar como á las niñas de mis ojos.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROQUE.

ROQUE. No se molesten ustedes.

TECLA. Me alegro que llegues.

MIGUEL. Y yo tambien, pues deseaba decir á este caballero que Elena no baila más que la polka.

TECLA. Ni yo más que el baile inglés.

MIGUEL. Que el tio de América le ha engañado con el fin de evitar un enlace desacertado, y por último, que Elena se casa...

TECLA. Con un plantador mejicano. (Dándose importancia.)

ROQUE. Pues usted mande, señora plantadora. (Haciendo una reverencia ridícula.)

MIGUEL. Abur.

ROQUE. (Volviéndose, á Miguel con gravedad.) Á los piés de usted...

MIGUEL. (Al público.)

Tú que has visto mis penas
y mis trabajos,
completa mi ventura
con un aplauso.
Con uno sólo
partiremos de España
llenos de gozo.

FIN DEL JUGUETE.